

en puerta, si había un mono en la casa. Interrogó a todos los porteros y porteras, a varias planchadoras y criadas, a un zapatero, a una frutera, a un vidriero, a los dependientes de una librería, a un cura, a un encuadernador, a dos guardías municipales, a cuatro niños, y experimentó la diversidad de caracteres y la diferencia de humores entre individuos de un mismo pueblo, porque las respuestas que le daban no podían ser más diversas; las hubo rudas y las hubo amables, groseras y corteses, irónicas y sencillas, prolijas, breves y hasta mudas. Pero no había podido adquirir el más ligero indicio referente al animalito que buscaba, cuando en el portal de una casa vieja de la calle Servandoni, una chiquilla rubia y pecosa que guardaba la portería, le respondió:

—El señor Ordenneau tiene un mono... ¿Quiere verlo?...

Y sin aguardar la respuesta del viejo bibliotecario le guió hasta una cochera. Sobre la paja caliente y unos pedazos de manta, sujeto por una cadena, temblaba de frío un joven macaco. Su talla era la de un niño de cinco años. Su rostro lívido, su frente arrugada, sus labios delgados, indicaban una tristeza mortal. Alzó sus ojos amarillos para dirigir al visitante una mirada potente aún; luego, con su manecita enjuta cogió una zanahoria y después de acercársela a la boca la tiró. Ya no miraba a los recién llegados; agachaba la cabeza como si nada esperase de los hombres ni de la vida, y encogido, con la mano en la rodilla se quedó inmóvil; de cuando en cuando una tos seca sacudía su pecho.

—Se llama Edgardo—dijo la chiquilla—. Quieren venderlo, ¿sabe usted?

Pero el viejo apasionado de los libros, que había exaltado su cólera y su resentimiento al suponerse en-

carado con el irónico enemigo, el monstruo de malicia, el antibibliófilo: quedóse atónito, entristecido, anonadado, en presencia del miserable ser falto de vigor, de ansias y de alegrías. Patente su error, desconcertóse ante aquel rostro casi humano, que la tristeza y el sufrimiento humanizaban aún más, y

—Dispense—dijo, mientras inclinaba la cabeza.

CAPÍTULO IV

Que en su expresiva brevedad nos conduce hasta los confines del mundo sensible.

Pasaron dos meses; como el desbarajuste no cesaba, el señor Sarricte sospechó de los francmasones. En los diarios que leía se narraban constantemente sus crímenes, y el reverendo padre Patouille los juzgaba capaces de las más abominables perfidias, muy seguro de que meditaban, de acuerdo con los judíos, la ruina total del mundo católico.

Más poderosos que nunca, dominaban ya en todas las instituciones del Estado, dirigían las Cámaras, cinco de sus miembros eran ministros, y en el Elíseo no se resolvía nada sin su anuencia. Después de asesinar a un Presidente de la República, modelo de patriotismo, hacían desaparecer los cómplices y los testigos de su execrable delito. Raro era el día en que París, aterrado, no tuviese noticia de algún asesinato misterioso preparado en las Logias. Tales hechos no dejaban lugar a duda.

Pero ¿de qué medio se valían los francmasones para entrar en la biblioteca? El señor Sariette no acertaba a comprenderlo. ¿Qué propósitos los conducían? ¿Por qué se cebaron en la antigüedad sagrada y en los orígenes de la Iglesia? ¿Qué impía labor era la suya? Una tenebrosa obscuridad velaba estas empresas espantables. El pobre archivero católico vióse perseguido por la mirada de los hijos de Hiram, y horrorizado, enfermó.

Apenas restablecido, resolvió pasar la noche en el mismo lugar donde se realizaban aquellos espantosos misterios y sorprender a los salteadores perspicaces y temibles; tal empresa parecía impropia de su timidez.

Hombre falto de energías y débil de carácter, el señor Sariette era miedoso por naturaleza. El 8 de enero, a las nueve de la noche, mientras la ciudad adormecida se cubría de nieve, después de encender la chimenea de la sala grande, adornada con los bustos de los poetas y de los filósofos antiguos, se arrellanó en una butaca junto al fuego y se abrigó las piernas con una manta. Un velador puesto al alcance de su mano, sostenía un quinqué, una taza de café muy cargado y un revólver que el señor Sariette le había pedido a Mauricio. Quiso leer el diario *La Cruz*, pero las líneas bailaban ante sus ojos; los abría mucho y los fijaba en los cuatro ángulos de la sala sin ver mas que negruras y sin oír mas que los rumores del viento... Quedóse dormido.

Al despertar, ya no había fuego en la chimenea; el quinqué apagado, apestaba; la obscuridad se poblaba de sombras blanquecinas y de claridades fosforescentes. Creyó ver algo que se agitaba sobre la mesa, y penetrado hasta los huesos por el escalofrío del espanto, pero sostenido por una decisión más firme que su miedo, se levantó, aproximóse y pasó las manos sobre el

tapete. Ya no veía nada; las fosforescencias habían desaparecido; sus dedos tropezaron con un grueso in-folio abierto; quiso cerrarlo pero el libro le opuso resistencia y luego saltó sobre la cabeza del imprudente bibliotecario para golpearla con ahinco. El señor Sariette cayó desmayado...

Desde entonces se agravaron las circunstancias. Cada vez era mayor el número de libros que se hallaban dispersos, y fué imposible volver a sus estantes varios que habían desaparecido. No pasaba un solo día sin que advirtiera el señor Sariette alguna deserción nueva. Los Bolandistas estaban incompletos, faltaron treinta volúmenes de exégesis. El bibliotecario se desmejoraba de un modo sensible; su cabeza se redujo al tamaño del puño; amarilleaba como un limón; su cuello se alargó desmesuradamente; sus hombros languidieron, y el traje que llevaba parecía puesto en una percha. En la Lechería de Les Quatre-Eveques, sin probar bocado, con la cabeza baja y los ojos tristes, miraba consternado y distraído el agua sucia del vaso de las ciruelas. Ni siquiera se enteraba de que el viejo Guinardon, muy satisfecho, le repetía que al fin recibió el encargo de restaurar las pinturas de Delacroix en San Sulpicio.

A las informaciones alarmantes del infeliz archivero, Renato d'Esparvieu respondía secamente:

—Esos libros se han extraviado, pero no están perdidos. Búsquelos bien, señor Sariette, búsquelos bien y los encontrará.

Y cuando el viejo se había ido, murmuraba:

—Este pobre Sariette, ya chochea.

—Me parece—añadía el reverendo padre Patouille—que ha perdido el juicio.

CAPÍTULO V

En el cual la capilla de los Ángeles de San Sulpicio da pretexto a varias reflexiones de arte y de teología.

La capilla de los Santos Ángeles, que se encuentra al entrar en la iglesia de San Sulpicio a mano derecha, estaba oculta por un cierre de tablas. El reverendo padre Patouille, Cayetano d'Esparvieu, su sobrino Mauricio y el señor Sariette, entraron uno tras otro por la puertecilla provisional, y vieron al viejo Guinardon sobre la plataforma de su escalera y apoyado en el *Heliodoro*. El viejo artista, provisto de todo género de ingredientes y herramientas, rellenaba con una pasta blancuzca la grieta que había dividido en dos mitades al gran sacerdote Onias. Ceferina, la modelo predilecta de Pablo Baudry; Ceferina, que prestó su rubia cabellera y sus hombros nacarados a tantas Magdalenas, Margaritas, silfides y ondinas; Ceferina que, según cuentan, fué amada por el Emperador Napoleón III: hallábase al pie de la escalera con los cabellos enmarañados, la cara terrosa, los ojos enrojecidos, la barbilla peluda, más vieja que el viejo Guinardon cuya vida compartió durante cerca de medio siglo. En una cesta llevaba el almuerzo para el pintor.

Aun cuando por la ventana enrejada y emplomada se cernía la luz, difusa y oblicuamente, los colores resplandecían y la encarnación de los hombres y de los ángeles rivalizaba en vigor con la faz rutilante y fresca del viejo Guinardon. Aquellas pinturas murales de la

capilla de los Ángeles, debidas al pincel de Delacroix, al principio ridiculizadas y despreciadas, habían llegado a merecer la consideración de lo clásico, y aspiraban a la inmortalidad junto a las obras maestras de Rubens y del Tintoreto.

El viejo Guinardon, barbado y melenudo, parecía la imagen del Tiempo que borrara las creaciones del Genio. Cayetano alarmóse y le gritó:

—¡Prudencia, señor Guinardon, mucha prudencia! No raspe usted demasiado.

El pintor le tranquilizó:

—No tema usted nada, señor d'Esparvieu; yo no acostumbro a pintar de ese modo; mi arte es más elevado; uso procedimientos análogos a los de Cimabué, del Giotto y del Beato Angélico; nunca pinto como Delacroix. Este lienzo está muy recargado de oposiciones y contrastes para que pueda producir una impresión verdaderamente religiosa. Chenavard ha dicho que el arte cristiano gusta de lo pintoresco, pero Chenavard era un miserable sin fe ni ley, un descreído... Vea el señor d'Esparvieu que me limito a rellenar las grietas y a fijar pulcramente las partes que se descascarillan; no hago más. Los deterioros debidos al asiento de los muros, o acaso a una sacudida sísmica, se hallan en un reducido espacio. Esta mezcla de aceite y cera, aplicada sobre una preparación muy dura, se mantiene más firme de lo que se pudiera imaginar. Yo vi a Delacroix ocupado en esta obra. Fogoso, pero inquieto, modelaba febrilmente, borraba y corregía sin cesar; su mano poderosa tenía torpezas infantiles; ofrece su labor la maestría del genio y las inexperiencias del aprendiz. Es un milagro que esto se conserve.

Callóse, ocupado en rellenar las grietas.

—¡Qué clásica y tradicional es esta composición!—dijo Cayetano—. Al principio sólo se apreciaban en ella sorprendentes novedades, y ahora descubrimos ya una porción de antiguos procedimientos italianos.

—Sé lo bastante para permitirme el lujo de una crítica justa—dijo el viejo desde lo alto de la escalera—. Delacroix vivió en una época impía, blasfemadora, y a pesar de haber pintado en un período decadente no estuvo exento de arrogancia ni de grandeza. Era superior a su tiempo, pero le faltaron la fe, la sencillez sentimental y la pureza. Para ver y pintar ángeles, necesitaba tener la virtud de los ángeles y de los primitivos, la virtud suprema que, con ayuda de Dios, he practicado lo más posible: la castidad.

—¡Cállate, Miguel! ¡Eres tan cochino como todos!

Así exclamó Ceferina, rabiosa de celos, porque había sorprendido a su amante aquella mañana en el portal con la hija de la panadera, la joven Octavia, sucia y lustrosa como una novia de Rembrandt. Enamorada locamente de Miguel en su florida juventud, ya muy lejana, el amor no se había extinguido aún en el pecho de Ceferina.

Aquel lisonjero insulto hizo sonreír al viejo Guinardon, que ocultó su sonrisa levantando la cabeza para fijar los ojos en el cielo donde el arcángel Miguel, terrible, con su coraza de azur y su casco de plata, erguía-se gallardo en el centelleo de su gloria.

Entre tanto el reverendo padre Patouille, sirviéndose de su sombrero como de una pantalla y guiñando los ojos para evitar la luz directa de la ventana, se fijaba sucesivamente en el Heliodoro flagelado por los ángeles, en el San Miguel vencedor de los demonios y en el combate de Jacob con el Ángel.

—Todo ello es muy hermoso—murmuró al fin—, pero ¿por qué se ha limitado el artista a pintar sobre estas paredes ángeles irritados? Recorro minuciosamente con la mirada esta capilla y sólo descubro heraldos de la cólera celestial y ministros de venganzas divinas. Dios quiere ser temido, pero también quiere ser amado. Fuera muy consolador encontrar en estas paredes algunos mensajeros de paz y de clemencia; me agradaría ver aquí al Serafín que purificó los labios del profeta, a San Rafael que devolvió la vista al viejo Tobías, a Gabriel que anunció a María el misterio de la Encarnación, al Ángel que libró a San Pedro de sus cadenas, a los Querubines que llevaron hasta la cumbre del Sinaí el cuerpo de Santa Catalina. Alegraría este lugar la presencia de los celestes guardianes que Dios concede a todos los hombres bautizados en su Iglesia. Cada cual tiene el suyo que le acompaña, le consuela y le sostiene. ¡Fuera tan dulce admirar en esta capilla esos espíritus encantadores y esas figuras maravillosas!

—¡Ah, señor cura! Delacroix no era piadoso, y hemos de ajustarnos a su punto de vista—replicóle Cayetano—. El señor Ingres no exageraba al decir que las composiciones de este genial artista exhalan un tufillo de azufre. Fijese usted en esos ángeles de una belleza tan espléndida y severa, esos andróginos soberbios y rigurosos, esos adolescentes crueles que alzan sobre Heliodoro sus férulas vengadoras. Ese joven y misterioso luchador que roza en la cadera del patriarca...

—¡Chist!—indicó el reverendo Patouille—. No es en la Biblia como los demás ángeles; pero al ser ángel, sería el Ángel Creador, el Hijo eterno de Dios. Me sorprende que el venerable párroco de San Sulpicio, cuando encargó a Eugenio Delacroix el decorado de esta

capilla, no le advirtiera que la lucha simbólica del patriarca y de Aquel que no ha revelado su nombre, tuvo lugar en una noche oscura. Semejante asunto no debiera mostrarse aquí, puesto que representa la Encarnación de Jesucristo. Los mejores artistas padecen extraños cuando no reciben de un eclesiástico estudioso algunas nociones de iconografía cristiana; las instituciones del arte cristiano han servido de base a numerosas obras que usted conoce sin duda, señor Sariette.

Era muy reciente su aventura nocturna en la biblioteca, pues habían pasado sólo tres días, y el señor Sariette conservaba en sus ojos mortecinos la expresión de su espanto, pero al sentirse interpelado por el venerable sacerdote reconcentró su pensamiento para responder:

—En esta materia se puede consultar con fruto a Molans, *De historia sacrarum imaginum et picturarum*, en la edición publicada por Noël Paquot, Lovaina, 1771; al cardenal Federico Borromeo, en *Pictura sacra*; y la *Iconografía* de Didron; pero esta última obra debe ser leída con precauciones.

Dicho esto, el señor Sariette volvió a encerrarse en su mutismo y a meditar el desastre de su biblioteca.

—Sin embargo—prosiguió el padre Patouille—, ya que interesaba tener en esta capilla un ejemplo de la santa cólera de los ángeles, el pintor estuvo acertado al recordar, como Rafael, a los mensajeros del Cielo que castigaron a Heliodoro. Encargado por Seleuco, rey de Siria, de apoderarse de los tesoros encerrados en el Templo, Heliodoro fué herido por un ángel con armadura de oro y jinete en un caballo magníficamente enjaezado. Le apalearon otros dos ángeles y cayó al suelo, como Delacroix lo pintó, sumergido en tinieblas. Es

justo y saludable que esta aventura sea presentada como ejemplo a los comisarios de policía republicana y a los sacrílegos agentes del Fisco. En todos los tiempos habrá Heliodoros, pero sépase que si se atreven a poner sus manos en el tesoro de la Iglesia, que es el tesoro de los pobres, serán siempre apaleados y cegados por los ángeles. Me agradaría que esta pintura, y mejor aún la composición más sublime de Rafael acerca del mismo asunto, fuera grabada en tamaño reducido, con todos sus colores, y distribuída como premio en las escuelas.

—Tío—masculló Mauricio entre bostezos—; estas pinturas carecen de expresión; Matisse y Metzinger me gustan mucho más.

Nadie tomó en cuenta sus palabras, y el viejo Guinardon, desde lo alto de su escalera, profetizó:

—Solamente los primitivos han entrevisto el Cielo. Lo verdaderamente bello sólo se halla en las obras pictóricas desde el siglo XIII al XV. La antigüedad, la impura antigüedad, que recobró su perniciosa influencia durante el siglo XVI, inspiró a los poetas y a los pintores pensamientos criminales e imágenes indecorosas, horribles impurezas y verdaderas porquerías. Todos los artistas del Renacimiento fueron unos cochinos, sin exceptuar a Miguel Angel.

Cuando Cayetano se disponía a salir de allí, el viejo Guinardon le dijo en tono de solícita confidencia:

—Señor d'Esparvieu: si no le asustan las escaleras de un quinto piso, vaya usted a mi casa; tengo dos o tres cuadritos de los que quisiera desprenderme y que sin duda le interesarían a usted. Pintura sencilla, franca, leal. Vería usted, entre otras cosas, un cuadrito de Baudouin, lo más delicioso que puede imaginarse.

Cayetano salió sin contestar, y mientras bajaba las gra-

das de la iglesia y torcía por la calle de la Princesse, confió al viejo Sariette, como se lo hubiera confiado a cualquiera, o a un árbol, a un mechero de gas, a un perro, a su sombra, la indignación que le inspiraban las teorías estéticas del restaurador.

—¡Qué pesado se pone con su arte cristiano y sus primitivos, ese viejo Guinardon! Todo lo que un artista concibe para representarnos el Cielo es copia de lo que ha visto en la tierra: Dios, la Virgen, los ángeles, los santos, las santas, los resplandores, las nubes. Cuando Ingres preparaba figuras para las vidrieras de la capilla de Dreux, dibujó con lápiz, atendido a las formas de la modelo, un delicado y virginal desnudo de mujer, que puede verse, entre otros varios, en el Museo Bonnat de Bayona; y escribió al pie del dibujo, como recordatorio: *Señorita Cecilia: pantorrillas y muslos admirables*. Para convertir a la señorita Cecilia en una santa del paraíso, limitóse a cubrirla con manto y velo; así la infringió una vergonzosa mengua, pues los tejidos de Lyon y de Génova son despreciables si se comparan con una piel juvenil sonrosada por una sangre pura, y sabido es que las más gallardas líneas de un ropaje no pueden competir con los perfiles de un hermoso cuerpo, que son las vestiduras una vergüenza inmerecida y la peor de las humillaciones para la carne apetecible y núbil.

Distraído Cayetano, mientras pisaba el hielo del arroyo al atravesar la calle de Garanciere, prosiguió:

—¡El viejo Guinardon es un idiota malvado! Escarnece la antigüedad, la santa antigüedad, el tiempo en que los dioses eran buenos, y exalta una época en que la pintura y la escultura tanteaban nuevamente sus procedimientos. En realidad el Cristianismo fué muy funesto para el arte. El arte es la representación de la Naturale-

za, y la naturaleza por excelencia es el cuerpo humano, es el desnudo.

—Permitame, permitame usted—susurró el señor Sariette—. No puede negarse que también existe una belleza espiritual, como si dijéramos, belleza interior, y que desde Fray Angélico a Hipólito Flandin el arte cristiano ha...

Pero sin escucharle, Cayetano lanzaba sus palabras impetuosas a las piedras de la antigua calle y a las nubes cargadas de nieve que pasaban sobre su cabeza:

—No es posible formular una opinión acerca de los *primitivos*, porque se diferenciaban mucho unos de otros. Ese viejo alocado lo embarulla todo. Cimabué es un bizantino corrompido; Giotto es un genio potente, pero no sabe modelar y pone, como los niños, a todos los personajes la misma cabeza. Los primitivos italianos tienen gracia y alegría por ser italianos; los de Venecia conocen instintivamente los secretos del colorido; pero en general, esos primorosos obreros doran y estampan mejor que pintan. El Beato Angélico tiene, para mi gusto, exceso de ternura en el corazón y en la paleta. En cuanto a los flamencos, ya es otra cosa: saben lo que traen entre manos y rivalizan en el esplendor de su oficio con los laquistas chinos. La técnica de los hermanos Van Eyck es maravillosa. Yo no he podido todavía descubrir en la *Adoración del Divino Cordero* ese misterioso encanto que de tal modo ponderan; todo está tratado con una implacable perfección, todo se presenta falto de sentimiento y con una fealdad cruel. No puede negarse que Memling impresiona, pero sólo pinta seres enfermizos o lisiados, y bajo las ricas, pesadas e insulsas vestiduras de sus vírgenes y santas, adivinanse desnudos lamentables. No esperé a que Rogier van der

Wyden se llamara Roger de la Pasture y conociéramos su origen francés, para preferirle a Memling. Este Rogier o Roger es menos simple, y en cambio es más lúgubre; la firmeza de sus trazos acusa poderosamente sobre sus tablas la miseria de las formas. Es una extraña aberración admirar esas figuras cuaresmales, mientras haya pinturas de Leonardo, del Ticiano, de Corregio, de Velázquez, de Rubens, de Rembrandt, de Poussin, de Proud'hon; ¡es un caso de sadismo!

Seguían lentamente al esteta y al bibliotecario el reverendo Padre Patouille y Mauricio d'Esparvieu. El padre Patouille, por lo común poco aficionado a tratar de teología con los laicos y hasta con los sencillos clérigos, dejóse arrastrar por el atractivo de aquel asunto y explicaba al joven Mauricio el santo ministerio de los ángeles custodios que el pintor Delacroix había excluido de sus composiciones. Para expresar mejor los pensamientos sublimes, tomaba de Bossuet giros, expresiones y frases enteras aprendidas de memoria, que solía intercalar en sus sermones por sentirse aferrado a la tradición.

—Sí; no lo dudes, hijo mío—le decía—. Dios nos favorece con esos espíritus tutelares que llegan cargados con sus dones y se vuelven cargados con nuestras plegarias. Tal es su destino. A todas horas, en cada momento, se hallan junto a nosotros para asistirnos, guardianes fervientes e infatigables, centinelas que velan sin cesar.

—Sí, sí; lo comprendo—murmuró Mauricio, que meditaba una feliz combinación para enternecer a su madre y sonsacarla un dinero que le urgía mucho.

CAPÍTULO VI

Donde se dice cómo el señor Sariette recobra sus tesoros.

A la mañana siguiente, muy temprano, el señor Sariette entró, sin anunciarse, en las habitaciones de Renato d'Esparvieu. Alzaba los brazos al cielo y erizábansele sobre la cabeza los pocos pelos que le quedaban; el espanto abría desmesuradamente sus ojos. Balbuceante, refirió el desastre. Un antiquísimo manuscrito de Flavio Josefus, sesenta volúmenes de todos tamaños, una joya inestimable (el *Lucrecio* con el escudo de Felipe de Vendome y anotado por Voltaire), un manuscrito de Richard Simón y la correspondencia de Gasendi con Gabriel Naudé, compuesta de doscientas treinta y ocho cartas inéditas, ¡habían desaparecido! El propietario de la biblioteca, alarmado al fin, subió inmediatamente a la sala de los filósofos y de las esferas para comprobar con sus propios ojos la importancia del daño. Aparecían algunos huecos en varios estantes. Buscando, al azar, abrió armarios, descubrió escobas, rodillas, bombas de incendios; golpeó con la pala en la lumbrera de cok, sacudió la levita nueva del señor Sariette, colgada en el lavabo; y rendido ya, contempló con desaliento el hueco hasta entonces ocupado por las carpetas de Gasendi. Hacía medio siglo que todos los hombres ilustrados reclamaban la publicación de aquella correspondencia, y Renato d'Esparvieu no satisfizo ese deseo universal,

por no resignarse a emprender una labor tan pesada ni a consentir que otro la emprendiese. Por haber encontrado en aquellas cartas muchas ideas atrevidas y numerosos conceptos más libertinos de lo que pudiera tolerar el sentimiento religioso del siglo XX, prefirió que tales páginas quedasen inéditas, pero se creía responsable de aquel depósito ante su patria y ante la civilización universal.

—¿Cómo es posible que le hayan robado a usted un tesoro semejante?—preguntó severamente al señor Sariette.

—¿Cómo es posible que me hayan robado un tesoro semejante?—repitió el infeliz bibliotecario—. Señor: si me abrieran el pecho, encontrarían esta pregunta grabada en mi corazón.

Sin que le conmoviese aquella sentida frase, Renato d'Esparvieu insistió con mal disimulada cólera:

—Y usted, señor Sariette, ¿no descubre ningún indicio que le ponga sobre la pista del ladrón? ¿No tiene usted ninguna sospecha, ni la menor idea de cómo han sucedido estas cosas? ¿Usted no ha visto nada, no ha oído nada, no ha observado nada, no ha averiguado nada? Comprenda usted lo absurdo de tal situación. Reflexione, señor Sariette, las posibles consecuencias del robo inaudito realizado ante sus propios ojos. Desaparece un documento inestimable para la historia del pensamiento humano. ¿Quién lo ha robado? ¿Por qué lo han robado? ¿Para qué lo han robado? Los que lo han sustraído no deben ignorar que ha de serles imposible venderlo en Francia. Lo llevarán a América o a Alemania. Alemania siente avidez de tales monumentos literarios. Si la correspondencia de Gasendi con Gabriel Naudé llega a Berlín, si la publica un sabio alemán... ¡qué escándalo!...

y no sería exagerado decir ¡qué desastre! ¿Lo ha meditado usted, señor Sariette?

Bajo el peso de un reproche horriblemente cruel, porque ya lo tenía sobre su conciencia, el señor Sariette quedóse como estúpido, en silencio.

Renato d'Esparvieu agravaba sus censuras con nuevas reflexiones:

—¿Y no intenta usted nada, no imagina usted nada para recobrar esas riquezas inestimables? Indague, busque usted, aguce su ingenio... ¡Abandone su pasividad...! El asunto lo merece.

El señor d'Esparvieu, al salir, lanzó sobre su bibliotecario una mirada glacial.

El desventurado buscó los libros y los manuscritos perdidos por todos los rincones donde los había buscado ya cien veces y donde no era posible que se hallaran, hasta en la coquera y debajo de la almohadilla de su sillón de despacho. Maquinalmente, a las doce en punto, salió. Encontróse al pie de la escalera con su antiguo discípulo Mauricio, al cual saludó como a través de una nube porque apenas podía darse cuenta de los hombres y de las cosas.

El desolado archivero estaba ya en el vestíbulo cuando Mauricio volvió la cabeza para llamarle.

—¡Señor Sariette!... Ahora que me acuerdo... Mande usted recoger los librotos que han llevado a mi pabellón.

—¿Qué librotos, Mauricio?

—¡Yo qué sé! Los hay en hebreo, apollados, y un montón de papeles viejos... Invaden el aposento y estorban mucho.

—Pero ¿quién los ha llevado?

—¿Por ventura se tomaron la molestia de decírmelo?

30204

Y se dirigió al comedor con bastante prisa, porque ya estaba servido el almuerzo.

El señor Sariette corrió hacia el pabellón. Era verdad lo que acababa de decirle Mauricio. Allí había un centenar de volúmenes sobre las mesas, sobre las sillas o amontonados en el suelo. Ante aquel espectáculo, entre alegre y temeroso, turbado por la sorpresa, feliz al encontrar su perdido tesoro y temeroso ante la idea de perderlo nuevamente, el hombre de los libros ya gorgjeaba como un niño de pecho, ya prorrumpía en roncocos alaridos como un loco. Reconoció sus biblias hebraicas, sus viejos talmudes, su antiquísimo manuscrito de Flavius Josefus, sus cartas de Gassendi a Gabriel Naudé y su más preciosa joya, el *Lucrecio* con el escudo de Felipe de Vendome, anotado por Voltaire. Lloraba y reía, besaba los tafletés, los pergaminos, los becerros, las vitelas, las tapas de madera claveteada.

A medida que Hipólito, el ayuda de cámara, se los llevaba a la biblioteca, el señor Sariette, con manos trémulas iba colocándolos piadosamente en su lugar.

CAPÍTULO VII

De sumo interés y de una moralidad que me prometo ha de ser muy agradable a la mayoría de los lectores, formulada en este grito doloroso: «¿Adónde me conduces, imaginación?», porque sin duda es dañino pensar, y la verdadera sabiduría consiste en no pensar nada.

Todos los libros se hallaban de nuevo colocados en sus estantes y sujetos a la vigilancia piadosa del señor Sariette, pero esta conjunción afortunada sólo duró un momento: aquella misma noche desaparecieron veinte volúmenes y entre ellos el *Lucrecio* de Felipe de Vendome; al cabo de una semana, todos los antiguos textos hebraicos y griegos de los dos testamentos habían vuelto al pabellón, y durante un mes entero cada noche abandonaban sus estantes para emprender misteriosamente el mismo camino. Otros no se sabe dónde iban a parar.

Al oír aquellos relatos fantásticos, Renato d'Esparvieu limitóse a contestar, sin compadecerse de su bibliotecario:

—¡Pobre señor Sariette! Lo que me cuenta es muy extraño; en verdad, es muy extraño.

Y cuando al señor Sariette se le ocurrió presentar una denuncia o advertir al comisario de policía, Renato d'Esparvieu exclamó:

—¡Qué cosas me propone! ¡Divulgar los secretos do-